

Pequeña científica

Suena la alarma y sale un tropel de niños corriendo del colegio. Entre ellos está nuestra pequeña protagonista, que salta, ríe y juega con sus amigos mientras recorre el patio. Una vez que llega hasta el grupo de padres busca al suyo, lo encuentra y se lanza de un brinco a sus brazos. Él la coge, no sin soltar un bufido de esfuerzo, y se marchan los dos caminando a casa mientras ponen en común su día.

—Papá, ¿por qué Sara tiene más juguetes que yo? —pregunta con mirada interrogante—. Quiero que me lo expliques con la ciencia. Como en tu trabajo.

—¿Con la ciencia, eh? Vale. El problema es que la vida es un sistema caótico.

—¿Caótico del caos como el que dice mamá que tengo en mi habitación?

—Eso es. Y en estos sistemas el resultado depende mucho de las condiciones iniciales. Por ejemplo, los papás de Sara tienen una empresa. Eso serían las condiciones iniciales diferentes, que pueden llevar a una diferencia en el resultado como la de la cantidad de juguetes, por mucho que en lo demás Sara y tú seáis muy parecidas.

—Entiendo —asiente con voz triste mientras sigue pensando.

Su padre, que es capaz de distinguir su voz triste del resto de voces, se da cuenta y le señala con disimulo un montón de hojas secas y ordenadas junto al parque. Ella duda y le vuelve a mirar interrogante. Él asiente, como quien no quiere la cosa, y al instante nuestra pequeña protagonista sale disparada y embiste la montaña de hojas secas. Las hojas no tienen nada que hacer ante tan repentino torbellino y terminan dispersadas a lo largo y ancho del parque. Vuelve, cansada.

—¿Mejor? —pregunta el padre.

—Sí —responde—. ¿Esto también se puede explicar con la ciencia?

—Claro. Es el principio de la entropía.

Padre e hija siguen hablando hasta que llegan a casa, momento en el que ella se lanza a los brazos de su madre. Pasan juntos la tarde. Discute con su hermano mayor. Zanján la discusión con el principio de exclusión de Pauli de los hermanos. Se hace la hora de cenar, luego la de dormir y ella se resiste.

—¿Por qué tengo que irme a la cama tan pronto y vosotros no?

—Porque tú duermes con Gordo —responde el padre con voz calmada.

—¿Y qué tiene que ver Gordo en esto? Si es solo un conejo.

—Pues que está muy gordo. Es la dilatación gravitacional del tiempo. Al dormir junto a un objeto con mucha masa el tiempo pasa más despacio para ti que para el resto. Así que tienes que dormir más rato.

—Te lo acabas de inventar.

—No. Lo dijo Einstein.

—Bueno. Si lo dijo Einstein... Vale —accede de mala gana mientras se queda pensativa—. ¿Y si no duermo con Gordo?

—Se pondrá triste. Ya lo sabes.

La pequeña se da por vencida y sube a su cuarto acompañada por sus padres. Al entrar se dan cuenta de que no ha ordenado la habitación. La ropa sigue por el suelo, la cama está sin hacer y hay un plato con restos de comida encima de un montón de libros. Sus padres la miran y abren la boca en un intento de regañina pero ella se adelanta.

—No es mi culpa. Yo lo he ordenado, pero luego ha venido la entropía y lo ha vuelto a desordenar. Y ahora ya no me da tiempo a limpiarlo de nuevo porque es todo muy caótico y el tiempo pasa muy despacio porque está gordo y tengo que irme a dormir —suelta del tirón mientras da la espalda a sus padres y se tumba en la cama abrazada a su conejo.

Sus padres se miran sorprendidos, se encojen de hombros y sonríen.

—Buenas noches pequeña científica —se escucha.

—Buenas noches.